

SERMON PANEGIRICO
DEL
SAGRADO CORAZON DE MARIA

Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius.

Es resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad.

(Sab., cap. VII, v. 26).

Momentos hay de entusiasmo religioso en que el alma fuera de sí misma, no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. Escenas tan tiernas, tan arrebatadoras, nos ofrece el cristianismo, que ni pueden copiarse, sino de una manera imperfecta, ni trasladarse al lienzo más que en oscuro y mal trazado boceto. Tal es, sin duda, la que hoy exhibe esta santa iglesia al concluir el hermoso mes de las flores, consagrado á celebrar las glorias del Candor de la luz eterna, Espejo sin mancha de la majestad de Dios é Imagen de su bondad; más claro, del Purísimo é Inmaculado Corazón de María.

No extrañéis, señores, que el orador de sus grandezas, no siendo más que un puro mortal y como extranjero en la ciencia de Dios se sienta desorientado, abrumado con el peso enorme de asunto tan vasto, cuando el mismo Espíritu Santo, foco de luz y centro de la Increada Sabiduría, se muestra tan absorto á vista de las bellezas y magnificencias de este Corazón virginal, que parece como vacilar al proponerse darnos una idea exacta de tan singular fenómeno. Tan pronto busca en el cielo las imágenes más

grandiosas y sublimes, como toma prestados de la tierra los colores más graciosos y encantadores: ya le compara á la alborada de una risueña aurora, ya á la claridad de una luna despejada en el día de su plenitud, ya al sol radiante cuando asoma sus cabellos de oro á través de un azulado horizonte: aquí es la blanca azucena que derrama sus perfumes en las laderas del torrente, allí la rosa purpurina que embellece las campiñas de Jericó, ó el jazmín embalsamado con un perfume divino; más allá la vid frondosa, cuyos racimos encantan los ojos del viajero que cruza las viñas de Engadi: ora la titula hermosa entre las hijas de Sion: ora la llama Esposa idolatrada del Rey de la gloria: ora canta su epitalamio como á la sin par Sulamitis que ha herido el corazón del Salomón divino con una mirada de sus ojos, con una sola trenza de su cuello: ó bien la criatura sin semejante, en quien se han reunido las galas del Líbano, las glorias del Carmelo y los atractivos de Saraón; porque ha salido de los labios del Altísimo, cual soplo divino en calidad de corredentora, primogénita ante toda criatura, con el principado sobre toda gente y sobre todo pueblo. *Et in omni populo, et in omni gente primatum habuit.* (1) El Sagrado Corazón de María, dice el padre San Bernardo, tiene todas las prerrogativas del Cielo, todos los dones de la carne, todos los carismas del amor: el corazón de María es el gran milagro de la naturaleza, el inefable prodigio de la gracia, la hermosa perspectiva de Dios, y para decirlo en una palabra que todo lo comprenda, la obra por excelencia de la Trinidad beatísima. Ved aquí, señores, los graves fundamentos en que me he apoyado para hacer aplicación en sus encomios de las palabras del sagrado Libro de la Sabiduría. *Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius.*

(1) Eccli., cap. 24, v. 10.

De aquí brota naturalmente y sin violencia alguna, esta sencilla reflexión, única en que voy á fundar sus alabanzas. El dulcísimo corazón de María es digno de nuestros homenajes, porque es el compendio de las perfecciones divinas.

Aceptad, oh Reina celestial, esta perla con que me propongo embellecer vuestra diadema, recibid la humilde florecita que mi cariño viene á presentaros: pobre es el don, muy pobre quien le ofrece; pero en cambio, Señora, mi amor es cordial y con él para alabaros dignamente os saludo llena de gracia.—AVE MARÍA.

Los cielos publican la gloria de Dios y la obra de sus manos la anuncia el firmamento, *Cæli enarrant gloriam Dei et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (1). Esta verdad, que con entusiasmo poético publicaba David entre el ruido del torrente y las soledades del desierto, véla realizada el hombre juicioso, cuando se dedica á contemplar el sorprendente panorama que ofrece la naturaleza; preciosas alfombras de flores; astros que matizan los cielos: relámpagos y tempestades: nubes de nácar recamadas de oro: bramidos de las ondas del mar: ruidos de la cascada: el sol, ese astro luminoso, que á semejanza de un esposo todos los días parece levantarse del lecho de las ondas como de un tálamo nupcial que sale á caminar con pasos de gigante, desde el Oriente al Occidente, é iluminar en su carrera toda la redondez del universo: ¡qué cosa tan brillante! pero aun ha podido hacer más el poder de Dios. Estudiad al hombre, á ese gran Señor de la naturaleza, ¡qué alma, qué cuerpo, qué unión de dos sustancias, al parecer tan insociables, qué agilidad de pensamientos, qué valentía de imaginación, qué fuerza de talento! Su corazón goza una especie de inmensidad que no puede llamar sino la inmensidad de Dios: y digo, ¡apu-

(1) Psalm., 18.

raría el Criador su sabiduría para formarle? ¿pudo hacerle más hermoso? Pasemos al orden de la gracia: Veamos esos seres extraordinarios que aparecen á los ojos del mundo, semejantes en su esplendor á aquellos astros de primera magnitud, que no se ven sino de tiempo en tiempo. Abraham, David, Job, Daniel, Jeremías, el Bautista. El espíritu del Señor se derramó á favor de estos hombres de Dios, de tal modo, que parece no pudo hacerse más con una pura criatura; y sin embargo, y á pesar de las brillantes cualidades que caracterizaban á seres tan raros, ¿quién osará decir, estas obras son el último esfuerzo del poder divino? A sola la Reina de los Angeles, cuya magnificencia se eleva sobre los cielos, estaba reservada tanta inmensidad de gloria, según los padres de la Iglesia. El angélico Maestro, hablando del augusto corazón de María, nos ha dejado escrita esta proposición, tan valiente cuanto sublime: Dios pudo hacer un mundo mayor que este, un cielo más vasto, un fuego más puro, una tierra más fértil, unos ángeles más perfectos, unos santos más fervorosos; pero no pudo hacer un corazón más noble, más respetable, más excelente: no pudo crear una alma, ni más pura ni más santa que la que crió para María. Aquí entra toda la fuerza de su raciocinio. María, continúa diciendo, es elevada en santidad sobre el Serafín. María por la afinidad espiritual que tiene con Dios, haciéndose Madre de Jesucristo, confina con la Divinidad. *Sua operatione fines Divinitatis propinquius. attingit.*

Ni podía ser de otra manera, si contemplamos á Dios recogido en sí mismo por el espacio de cuatro mil años para la creación del inmaculado corazón de María, durante los cuales no cesó de anunciar este gran prodigio de su gracia y de preluñarlo con figuras y con bosquejos que son como los estudios de este gran dibujo: y no porque no hubiera podido formarle de un solo rasgo, sino porque quiso con este retardo, darnos á conocer su alta

importancia. ¿Qué santo ha sido objeto de semejantes preparativos, ni se ha presentado desde el origen del mundo ocupando con la Trinidad Beatísima el punto culminante de todas las invenciones de la sabiduría eterna? De aquí, que veamos el inmaculado corazón de María como un paraíso plantado por la mano de Dios, donde nacieron y se criaron todas las yerbas aromáticas, el líbano con sus galas y amenidades, los cedros, los olivos, los lirios y los plátanos. Es decir, todas las virtudes en el más alto grado de perfección. El sagrado corazón de María es la zarza incombustible en medio de las llamas voraces que abrazan la cumbre del Oreb, el Vellochino de Gedeon cubierto de un rocío celestial, el trono de Salomón, el altar de los perfumes, la mesa de proposición, el huerto de los santos, la puerta cerrada de los cánticos, el *Sancta Sanctorum*, lugar sagrado que reservó Dios para sí, y que llenó de su gloria la Augusta Trinidad. Así se lo mostró á Santa Gertrudis en un misterioso éxtasis: vió tres ríos caudalosos que nacían, uno del Padre, otro del Hijo y otro del Espíritu Santo; los que penetrando é inundando el corazón de María, volvían con ímpetu al lugar de donde salieran. Significando esta visión que la Santísima Trinidad había escogido este corazón purísimo para objeto de sus más gratas complacencias. Jamás se ha visto en el mundo después del de Jesucristo, un corazón tan inocente, tan rico de gracia, tan colmado de merecimientos. En él se veían como en un cristal transparente reproducirse las bellezas del mundo de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Jamás el Altísimo había contemplado su Imagen soberana en toda su magnificencia, sino cuando tiernamente enamorado, se miró en aquel santuario destinado á ser el depositario de la divinidad encarnada.

Si allá en el génesis del mundo, para dar á Adán un lugar de delicias, crió Dios el paraíso con tanto cuidado que para darnos alguna idea de su hermosura, la Escri-

tura santa le llama lugar de deleite por excelencia: por aquí la palma, por allí la rosa, el cinamomo y el aloe, el estoraque, el terebinto y el bálsamo: y como presidiendo á tan bizarras plantas, el árbol de la vida. *Plantaverat Dominus Paradisum voluptatis* (1). Siendo María escogida por el Padre desde la eternidad, para el lugar de sus inefables encantos, como dice San Bernardo: ¡qué prodigios no obraría el Todopoderoso en aquel corazón virginal, lecho florido donde debían realizarse las bodas del Cordero! Si para edificar un templo, el Dios de Abraham en Jerusalén puso en movimiento á los mayores reyes que empuñaron el cetro de Judá y de Israel y aun toda el Asia, el ciudadano y el extranjero concurrieron á este glorioso designio, no siendo bastantes diez años con dos mil trabajadores para concluir tan suntuoso edificio; y todo esto sólo porque se preparaba una habitación para Dios: ¿qué riquezas no derramaría el Espíritu Santo en la hora de sus munificencias sobre el corazón de María, templo sagrado donde el Dios de las eternidades quería ser honrado con los más puros sacrificios? Si para dar á Salomón un corazón digno de la majestad de un gran rey se lo dió tan dilatado como los espaciosos límites del mar. *Dedit Deus Salomoni latitudinem cordis quasi arenam que est in litore maris* (2). ¿Qué corazón no dispondría en la Santísima Virgen? Corazón digno de la Madre de Dios, corazón de cuya preciosa sangre, en sentir de los teólogos, había de formarse el cuerpo del Redentor del mundo.

Cuando se trató de la formación del cuerpo de Adán, dice Santo Tomás, los ángeles ministraron á Dios el agua y el polvo. Para la formación de Isaac, un ángel preparó las entrañas de la estéril Sara. Mil y mil ángeles, según un sabio expositor, concurrieron á la formación del cora-

(1) Génesis, c. 2, v. 8.

(2) III Reyes, IV, 29.

zón de María Santísima uniendo en las entrañas de la venerable Ana, la sangre más pura, eligiendo la más excelente porción de los cuatro elementos, convocando las influencias más benignas del cielo; en una palabra, organizaron el corazón de María según una idea tan perfecta, que en nada se le asemeja la que recibió Beceleel para la formación del tabernáculo, Moisés para las medidas de la arca, David para la construcción del templo. ¡Oh abismo inconmensurable de la bondad de Dios! ¿quién podrá comprender lo que tu diestra soberana ha obrado en favor del corazón de nuestra Augusta Princesa, habiendo observado en su formación unos caminos tan privilegiados, unos juicios más adorables que inteligibles? Cuanto puede esconderse en los senos de la naturaleza, cuanto pueda comprender el abismo insondable de la creación, animado por la virtud omnipotente, todo nace, todo brota, todo luce en el corazón de María, como emanaciones de un paraíso celestial. *Emissiones tue Paradisus*. Inocencia privilegiada, perfecto uso de razón, libertad anticipada, corazón sin concupiscencia, íntima é inseparablemente unido á Dios. Direlo mejor con los términos del sabio cardenal de Berula: Este amor era para el corazón de María, el alma de su alma, el espíritu de su espíritu, el corazón de su corazón. Estaba el Padre celestial tan bien hallado en este seno hermosísimo, que allí se complacía mirando en aquel santuario como en un espejo diáfano los rayos característicos de su semejanza, tan perfectamente trazados, que hubiera podido confundirse la copia con el original.

Sólo un rasgo del amor divino comunicado á los santos, produjo en ellos efectos prodigiosos. A San Felipe Neri le rompe dos costillas. A San Pedro de Alcántara le abrasa con tanto ardor, que á sólo su contacto hierve el agua helada. En Santa Teresa de Jesús da lugar el amor á que un Angel le traspase el corazón con un dar-

do. En Santa Catalina de Sena, á que el Señor le trueque el corazón por el suyo. Siguiendo un orden rigurosamente lógico ¿qué diremos de los efectos admirables que produciría en el corazón de María, no un rasgo del amor divino, sino torrentes inefables de la caridad de Dios? Diremos con San Ildefonso que así como el fuego penetra el hierro por todas partes, así el amor de Dios penetró con tanto exceso en el corazón de María, que nada sentía, sino sus dulces deliquios. Diremos con San Pedro Damiano, que aquel Dios de Majestad tremenda, que con su inmensidad llena todas las cosas por esencia y potencia, inundó el corazón de esta virgen encantadora con su amor de un modo incomprensible.

Así salió de las manos del Supremo Artífice esta hermosísima entraña de la más pura de todas las vírgenes, como el vaso de los divinos libros, esmaltado de piedras preciosas, del que rebosan exquisitos perfumes; como un cielo hermoso en el que millares de soles proyectan unos sobre otros una luz deslumbradora: como una efusión de claridad del Todopoderoso: como un rayo de su eterna luz. Corazón cerrado á la culpa como el jardín de la Esposa: Corazón fuerte como la torre de David: Corazón tan amable y tan dulce, que según una virgen contemplativa, Jesucristo aplicaba sus labios á este panal de delicias para gustar sus dulzuras. Díosela á entender en esta revelación, que así como la humanidad de Jesucristo se alimentaba de la leche virginal, así la Divinidad descansaba en este corazón inocente y se alegraba de poseerle. Corazón digno de que el Espíritu Santo celebrara en él sus desposorios con María. Tan grande idea la explicaremos con una alegoría bíblica: Envió el anciano Noé un cuervo y una paloma, para explorar si estaba la tierra capaz de ser habitada: no halló la paloma lugar donde poder fijar el pie y se volvió á la Arca: el cuervo en tanto se quedó divertido con los cadáveres fétidos y

corrompidos. Esa paloma, clama San Vicente Ferrer, es el Espíritu Santo que no quiso como el cuervo descansar en el corazón corrompido de las criaturas, y dilató sus desposorios hasta que halló un corazón digno de sí. Tal fué el de María, florido lecho de pudor inmarcesible.

Bien sabido es, señores, el olvido á que fueron condenadas famosas mujeres de la antigua ley, sólo por haberse encontrado en su corazón algunas imperfecciones. Así el Señor despreció á Sara, porque negó la verdad á un ángel: despreció á Rebeca, porque usó de fraude con el viejo Isaac, para robarle su bendición á favor de Jacob: despreció á Raquel, porque robó los idolillos de su padre Laván: y Jael y Dévorab, y Susana y Abigail fueron despreciadas también por algunas ligeras manchas. Sólo el corazón de la Madre de Dios, muy distante de merecer el desprecio, lleno de flores de justicia, de honor y de honestidad, embalsama la santidad de Dios, mereciendo la única que el Esposo celestial la dijera estas inmortales palabras: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te* (1). Tu corazón es todo hermoso amiga mía y mancha alguna no se encuentra en él. Sólo en este corazón se derramaron aquellas gracias, que después de la humanidad de Jesucristo unida con el Verbo ocupan la primera clase. Sólo este corazón es el que entre las obras del Excelso no puede comprenderse sino hasta llegar al Trono del mismo Dios. Pensamiento es de un devoto Mariano que saluda á este corazón con las siguientes palabras tomadas de Ricardo: «*O digna digni pulchra formosi munda incorrupti, Excelsa excelsi.*» Para medir su heroísmo es preciso elevarse hasta la grandeza de Dios: *Digna digni*. Para medir su belleza es preciso comprender la hermosura de Dios: *Pulchra formosi*. Para medir su santidad hemos de subir hasta la santidad de Dios: *Excelsa*

(1) Cant., c. 4, v. 7.

excelsi. Para medir su pureza no hay otra medida más que la pureza de Dios: *Munda incorrupti*. ¡Qué corazón tan admirable y tan digno de nuestros homenajes! ¡Oh cuán feliz fuera si pudiera inspiraros la tierna devoción que le profesan tantas almas justas! Estudiadlo con amor filial, porque es el candor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la Majestad de Dios, la imagen de la bondad divina.

Acordaos, mis hermanos, de los sitiadores de Betulia, cuando al ver la hermosura de la viuda amazona se animaban unos á otros á la toma de la ciudad, diciendo, ¿quién no conquistará un pueblo donde hay mujeres tan hermosas? ¿Quién, pues, mirando el corazón de esa Madre del amor hermoso como un compendio de las perfecciones divinas no le tributará sus obsequios? Felices pueblos donde es honrado y venerado el dulcísimo corazón de María: ¿qué beneficios sin cuento no les dispensará esa gran Señora del mundo, de los ángeles y de los hombres? Imposible es de todo punto que yo pueda enumerarlos: basta aseguraros que la historia de la Iglesia en diez y ocho siglos no es otra cosa sino la historia prodigiosa de la beneficencia maternal del corazón de María. Mediante las influencias de este corazón deífico, ha aparecido en el mundo la verdadera edad de oro y la positiva virtud en la civilización del Evangelio. Por el corazón de María se ha obrado en el Universo, esa transformación moral en las creencias, en las costumbres, en las leyes y aun en su constitución social; ¿qué parte tan interesante no ha tomado en que hayan desaparecido avergonzados el despotismo y la tiranía, cesado la sangrienta luchad el circo y el envilecimiento de unos pueblos que se arrastraban en la miseria y morían en la infancia? Debido al amor ardiente de este corazón limpiísimo, la fraternidad cristiana ha sucedido al criminal egoísmo, y la humanidad, antes degradada, ha dejado de ser un enjambre de miserables manci-

pios arrojados en fétidas viviendas, encorvados siempre bajo el látigo de bárbaros verdugos, y dispuestos á morir á su capricho ó á pelear con las fieras en los juegos olímpicos para solaz de los césares y recreo de las matronas romanas. Por eso el cristianismo saluda al corazón de María, como la aurora de la redención: por eso este corazón santísimo ha encontrado un altar en cada corazón católico.

Y ¿qué diremos si descendemos á contemplar beneficios particulares para descifrar algo de los bellos encantos de su amor maternal? Decir corazón de la Madre de Dios, es reasumir en cuatro palabras cuanto el alma puede apetecer de más embelesador, es cuanto más dulcemente vibra en el corazón humano: que el genio agote todos sus recursos, que la poesía desarrolle toda la valentía de las inspiraciones, que la música reúna la más exquisita melodía de sus cánticos; nada se encontrará como esta palabra tan propia para producir el arrobamiento y el éxtasis. ¡Madre! ¿No es esta la palabra única que en ningún idioma tiene semejante, así por los efectos que causa como por las sensaciones que instantáneamente inspira? ¡Corazón! ¡amor! ¿Hay un solo ser á quien estas palabras no conmuevan, no entusiasmen, no saquen fuera de su centro? ¿No es el amor el alimento del corazón, la gran necesidad de nuestro espíritu, la pasión innata de nuestra alma, la condición esencial de nuestra existencia y el bello ideal por quien sin cesar suspiramos? Quien no ama es un ser inútil en el mundo, incapaz de obras heroicas. Ahora bien, personificad en María estos dos títulos tan suaves como las sonrisas de los ángeles, tan consoladores como el pensamiento de los cielos, y luego veréis como por encanto aparecer en el seno de la Iglesia católica el corazón de María como un gran volcán de amor cuyas llamas más impetuosas que las que despidiera el horno de Babilonia, inflaman prodigiosamente á los moradores del

cielo y á todos los habitantes de la tierra. Veréis brotar con sorpresa de ese candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de la bondad divina, para verterse sobre la inmensa ciudad del tiempo, beneficios á millares que cubren el universo, recorren las edades, pasan más allá del horizonte que admiramos para sepultarse con gloria en los abismos insondables de la eternidad. ¡Oh! cantémosle al corazón de María un cántico nuevo: resuenen sus alabanzas en la Iglesia de los santos. Basta, señores: ¡cuánto más pudiera decirse en su elogio! pero cedamos á la prudencia, dejando probada la verdad de mi proposición. El corazón de María es el compendio de las perfecciones divinas, el dignísimo objeto de los homenajes del cristianismo.

Para concluir, señores, saludemos á nuestra augusta Madre con las mismas frases de que se valieron los padres y doctores de la Iglesia, cuando poseídos de un fuego sagrado procuraban radicar en el corazón del pueblo cristiano el amor y la devoción á la más pura de las Virgenes, á la más tierna de las Madres. Unamos nuestras oraciones á las de la Iglesia, simbolizadas en las flores que niñas inocentes y delicadas le han ofrecido en todo este mes, en que la primavera ha ostentado sus riquezas y sus galas: las frases que en honor de María han pronunciado los escritores de sus grandezas ¿qué son sino flores cortadas en el jardín del Espíritu Santo? Hélas aquí: «Dios te salve, Señora, más sublime que todo cuanto existe, estrella fulgentísima de quien nació Cristo, archivo opulento de divinos dones, arca afluente de inefables consuelos. Dios te salve, tesorera de Jesucristo, plenipotenciaria del Monarca supremo, dispensadora de sus dones. Dios te salve, perla preciosa del reino celestial, tabernáculo brillante del Sol de la gloria, palacio consagrado del Rey. Dios te salve, aliento y respiración de los cristianos, vida divina, vida sin senectud, vida que nutre de alimentos vi-